

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA  
*Fundadora de La Obra de la Iglesia*

10-1-1960

Separata del libro:

**“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”**

## **NADIE EN LA VISIÓN DE DIOS PUEDE PECAR**

¡Dios...!, ¡capacidad infinita de abarcación completa...!, ¡santidad...!, ¡llenura...!, ¡infinitud...!

Dios, por serse el que Se Es, por su felicidad y plenitud, no puede desear para sí nada fuera de sí mismo. Por serse el Supremo Ser, infinito en todos sus atributos, en todas sus perfecciones y en su misma capacidad de serse y de abarcación, no puede, por exigencia de su serse infinito, perfecto, feliz y dichoso, siempre antiguo y siempre nuevo, apetecer nada fuera de sí. Su capacidad de felicidad está repleta en su ser. Su querer, sus deseos, todo aquello que pudiera apetecer, Él se lo tiene en tal infinitud y en tal llenura en sí mismo, que, a pesar de tener capacidad infinita, sin límites ni riberas de abarcación, no le queda lugar en su serse para querer ni buscar nada, esencialmente, fuera de sí.

Lo mismo es de infinita en Dios su capacidad

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.  
I.S.B.N.: 84-86724-01-5  
Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA  
MADRID – 28006 ROMA – 00149  
C/. Velázquez, 88 Via Vigna due Torri, 90  
Tel. 91. 435 41 45 Tel. 06.551 46 44  
E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

de felicidad y de contento, que su serse contento. Por ese motivo, Dios es en sí abarcado, repleto, por su serse eterno e infinito, apretado y dichoso, sin quedarle lugar, a pesar de que es infinito, para apetecer ni desear nada fuera de sí mismo; porque Él en sí mismo es todo lo apetecible, lo deseable, lo dichoso... Todo aquello que el hombre no puede llegar ni a desear ni a vislumbrar, Dios lo es por infinitud infinita de su ser, en un acto sencillo de Trinidad gloriosa.

¡Pero qué feliz es Dios...! ¡Pero qué dichoso es Dios...! ¡Pero qué contento es Dios...! que todo eso que El se es en su ser, Él se lo es por sí, por su mismo ser eterno e infinito. ¡Él se lo es...! ¡Él se lo tiene...! ¡Él se lo posee...! ¡Él se lo abarca...! ¡Él se lo ama, se lo contempla y se lo expresa...!

¡Pero qué feliz es Dios!, que, como es infinito en abarcación, Él mismo, en su capacidad, se contempla en su infinitud y se abarca en tal perfección, que, reventando en Palabra, se canta infinitamente en una simplicísima fruición de expresión eterna.

¡Pero qué dichoso es Dios!, que todo eso que Él es, Él se lo ama. Y su capacidad de amor es tan infinita, que, por ser eterno e inagotable, rompe, por exigencia de su ser, en una Persona Amor, que es el Amor en Dios que ama a sus personas y a su ser, y con el cual también se aman las Personas entre sí.

¡Qué feliz es Dios...! Tan feliz, tan infinitamente feliz y dichoso, que, a pesar de ser infinito

en su exigencia de felicidad, Él se está y se es, en su ser y por su ser, totalmente repleto, dichoso y lleno de contento hasta rebosar, hasta reventar, de tanto serse, en tres Personas tan gozosas, que por su felicidad esencial, por fecundidad de ser, revienta el Padre contemplando, el Verbo, expresando y el Espíritu Santo, amando. ¡Qué feliz es Dios!, que El abarcadoramente se contempla, se expresa y se ama como Él mismo se merece...

No puede Dios, a pesar de tener capacidad infinita de felicidad, desear nada fuera de sí. Por este motivo, cuando crea seres, los crea para alabanza de su gloria, para ser Él glorificado y adorado en ellos. Y estos seres, bien sean ángeles u hombres, al contemplar a Dios cara a cara, quedan impecables. La vista del ser de Dios es tan infinitamente subyugante en la plenitud de su gozo, que les deja como sin libertad de poder desear nada fuera de Él. Porque si Dios, siéndose infinito, no tiene capacidad, por la plenitud de su infinito ser dichoso, para desear nada fuera de sí, a pesar de serse capacidad infinita –porque esa capacidad está llena y repleta de su serse eterno–, las criaturas racionales, ángeles y hombres, ¿podremos tener capacidad, siendo limitados y contemplando a Dios, para ofenderle?

Está claro que la criatura, creada para participar del Infinito, por perfecta que sea su naturaleza, no puede, por la fecundidad infinita del Ser divino, al contemplarlo sin velos, mirarse a sí

misma y desordenadamente querer algo fuera del Dios increado. Porque si Él, a pesar de ser infinito, tiene su infinita exigencia de felicidad en sí mismo repleta, ninguna criatura puede desear nada, una vez que contempla a Dios, fuera de aquello que contempla, pues, al Dios que contempla, nunca le podrá abarcar.

Por este motivo, su capacidad estará siempre excedida, rebosando y recibiendo a Dios, siempre antiguo y siempre nuevo, como nuevo; llenando en cada instante todo deseo que ella pudiera tener, si es que cupiera que la criatura pudiera desear algo fuera del Sumo Bien. Porque la criatura, creada para participar del Infinito en clara visión, no puede desear nada fuera de su fin, y su fin es Dios, que excede infinitamente su deseo de alegría, de felicidad, de complacencia, de gusto y de apetecer.

Por mucho que la criatura racional pudiera desear, como Dios es infinito, nunca podrá llegar a cansarse de poseer ni de apetecer, dándosele Dios, que es la Felicidad por esencia, siempre como nuevo en su antigüedad eterna. Si, al contemplarle cara a cara, tuviera lugar para rebelarse, sería porque Dios no le llenaba totalmente su capacidad y le quedaba algo por llenar, y aquel algo que le quedaba sin llenar se rebelaba al exigir su llenura. Entonces se podría pecar contemplando a Dios. Pero, por la plenitud infinita del Ser, contemplar a Dios y pecar es totalmente imposible; tan imposible que, si pudiera darse que una

criatura contemplando a Dios pudiera pecar, Dios no sería Dios, porque no llenaría la capacidad de ésta, dejando lugar al pecado.

Así como Dios, a pesar de ser capacidad infinita, no puede apetecer nada fuera de sí, porque en sí está repleta en plenitud su exigencia de apetecer, ¡cuánto menos la criatura, que es finita y su capacidad es limitada...! Cuando contemple a Dios, siempre estará llena totalmente, en tal plenitud, en tal apretamiento y fecundidad, que no habrá en ella ningún resquicio para apetecer nada fuera de aquel Bien que contempla. Porque, a pesar de estar llena nuestra capacidad, no solamente está repleta con todo lo deseable y apetecible, sino que está excedida infinitamente.

Por eso, contemplar a Dios cara a cara y pecar es tan imposible como que Dios dejara de ser Dios. Cuando Dios dejara de ser infinito, podría contemplarse a Dios y pecar, porque Él no llenaría entonces nuestra capacidad.

¡Qué alegría que, al contemplar nosotros al Infinito cara a cara, no podremos apetecer nada fuera de Él, porque estaremos repletos de transformación en Dios y, al no tener capacidad para más plenitud de Él, no solamente no podremos desear nada fuera de Dios, sino que tampoco podremos desear nada para nosotros, porque nuestro ser estará lleno, repleto y saciado por el Infinito Ser!

Si el hombre o el ángel, contemplando a Dios

cara a cara, pudieran desear ser más que Él, sería porque no se conocían bien a sí mismos ni conocían bien a Dios; ya que, al conocer bien a Dios, se conocerían bien a sí mismos, y al ver la distancia infinita que existe entre Dios y ellos, no les quedaría capacidad para desear nada fuera de Él, porque esto sería no tener razón, y los seres irracionales no entran en el Cielo.

Dios, por su serse infinito, por su serse eterno, por su capacidad fecunda, repleta en llenura de serse, tiene perfección en infinitud, no solamente para saciar en plenitud total a todos los millones de criaturas racionales que Él con su infinita sabiduría y en su infinito amor haya creado y quiera crear, sino para saciarse Él, Capacidad infinita, eternamente.

Por eso, no solamente no tendremos capacidad para ofenderle contemplándole, sino que, de la sobreabundancia y llenura de nuestra capacidad repleta, tendremos necesariamente, por exigencia de tanta sobreabundancia de llenura, que romper en un ¡oh! eterno de anonadamiento y de adoración ante el Dios increado.

No solamente estará llena y repleta nuestra capacidad, sino que, por exigencia de esta llenura y de lo que nos quede por conocer, caeremos, como infinitamente anonadados, en adoración profunda, llenando de esta manera nuestra ca-

pacidad y adorando lo que conocemos y lo que nos queda por conocer.

La criatura no tendrá más remedio, abrasada en el fuego del Espíritu Santo, por exigencia de su amor y como fruto de su contemplación y de su expresión, que adorar al Dios que tan gratuita y amorosamente se le da.

Y no es que le adore como agradecimiento porque Dios se le da a ella, no; es que, ante la excelencia del Ser infinito que excede nuestra capacidad, por eso en que queda excedida, no le queda más remedio que adorar.

¡Y ése será nuestro gozo! Sí, ante la excelencia infinita de Dios, necesariamente, por exigencia de serse Dios el que Se Es, adoraremos, anonadados por nuestra capacidad repleta, desplomados ante su majestad soberana, rompiendo en una alegría de felicidad eterna.

Esto es lo que se hace contemplando a Dios. ¡No queda capacidad nada más que para adorar, por estar todo nuestro deseo y todo nuestro apetecer excedido infinitamente!; ¡cuánto menos para rebelarnos diciéndole: “No te serviré”!

Al contemplar a Dios, no es ya que se pueda o no se pueda pecar –¡eso queda descartado!–; sino que, como fruto de la contemplación, por exigencia de nuestro ser finito ante el Ser infinito, abrasados amorosamente en el fuego del Espíritu Santo y contemplándole con la misma Mirada del Padre, tendremos que romper, como fruto de nuestra contemplación, en un cántico de trans-

formación, en una adoración profunda ante aquel Dios que, haciéndonos a su imagen y semejanza, sin necesitarnos absolutamente para nada, nos da su misma vida; teniendo nosotros de este modo, por participación, todo lo que Él tiene por naturaleza, para que, a su vez, nosotros se la retornemos.

Toda nuestra capacidad de felicidad quedará repleta cuando, después de haber pasado este tiempo de prueba, nos encontremos cara a cara con el Dios increado.

Mientras estamos aquí, podremos perder a Dios; y si lo perdemos eternamente, entonces será sin remisión. La muerte nos puede sorprender impenitentes, y no habrá entonces remisión para nosotros. El Infierno es irremisible, porque el pecado de los que allí moran ha abusado de la misericordia infinita del Dios altísimo. ¡Cuánto nos conviene estar alerta aquí, ahora que es tiempo de misericordia y perdón, no sea que caigamos allí en condenación eterna!

Alma sacerdotal, tal vez de tu entrega y generosidad dependa la salvación de muchas almas que te están encomendadas, de miles de almas, y la santificación de muchos de tus hermanos en el sacerdocio y en la consagración.

Por ser alma sacerdotal, estás hecha una cosa con lo sagrado para dar lo sagrado; y, si por no vivir plenamente tu consagración eres infecundo

en tu ser de Iglesia, muchas almas que son Iglesia tal vez dejarán de serlo eternamente, y otras no lo serán ni aquí ni allí por tú no saber negarte a ti mismo.

El pueblo consagrado ha sido llamado a ser palabra fecunda que cante a Dios, y en su vida de abnegación y sacrificio, en entrega generosa, ha de buscar sólo y siempre la gloria de Dios. En el Cielo, sólo buscará la gloria de Dios y aquí, cuando llegue a olvidarse de sí, sólo vivirá para ella.

Alma sacerdotal, dador de lo sagrado, tienes la misión de dar a Dios a las almas para la gloria del Padre; y si no llenas la misión para la que fuiste consagrado, serás Iglesia infecunda, y el seno del Padre estará, por tu infecundidad, más vacío eternamente.

¿Sabes lo que es ser Iglesia, y no sólo eso, sino Iglesia consagrada, unguida para fecundizar el seno de esta Santa Madre...? Sacerdote de Cristo, ¿cómo vives tu Misa...? ¿Eres el otro Cristo en la tierra que, ofreciéndote, das a Dios, por Cristo, todo honor y gloria, siendo su adorador constante y arrancando de Él las gracias para las almas que te han sido encomendadas, reparando por todas, como Aarón, con el incensario de tu vida sacerdotal, hecha víctima de amor al Amor para su gloria y santificación de todos los hombres?

*Alma-Iglesia*, decídetete de una vez a darte del todo al Todo, para darle gloria y llenar tu ser

de Iglesia. Y así tú, perdiéndote eternamente en el seno de la adorable Trinidad, tendrás, en clara luz y en posesión, a Dios sin peligro de perderlo; cara a cara eternamente y en compañía de todos los hombres que, por tu vida de entrega, has llevado a su seno. Tendrás en posesión la misma vida divina en la que Dios se te dará como regalo, para que tú a tu vez, transformándote en Él, se la retornes como cosa propia tuya; regalándole a Él, por tu transformación en Dios, lo único en que Él puede complacerse por exigencia de su infinita perfección.

Todo lo que en el Cielo tendrás en posesión, aquí lo tienes en fe; y cuando tú llegues a vivir sólo de Dios, darás a Dios al mismo Dios, participando de su misma vida; vida que, al unirse Dios contigo, te hace vivir en una honda plenitud por tu transformación en Él.

Entrégate a vivir de Dios ahora que estás en tiempo de misericordia, para que, después, goces eternamente en tu participación repleta de Él.